



# EL MISTERIO DE JOSÉ

Lo que los Evangelios no nos cuentan

ENRIQUE CASES

 Planeta Testimonio

# EL MISTERIO DE JOSÉ

Lo que los Evangelios no nos cuentan

ENRIQUE CASES

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Juan Enrique Cases Martín, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: septiembre de 2017

Depósito legal: B. 1.046-2017

ISBN: 978-84-08-16662-7

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Black Print

Printed in Spain – Impreso en España

De los fragmentos de la obra *El Evangelio como me ha sido revelado*, de María Valtorta: © Fondazione Maria Valtorta CEV onlus

Un particular agradecimiento a la Fondazione Maria Valtorta CEV onlus, situada en Isola del Liri, Italia, propietaria de todos los derechos sobre la obra de María Valtorta, por haber autorizado la publicación de este libro sustancialmente basado en la obra de María Valtorta *El Evangelio como me ha sido revelado*, publicada por el Centro Editoriale Valtortiano

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## Índice

1. LA <i>PAX AUGUSTANA</i>	11
Nazaret	15
La vida de José de Nazaret	18
El trabajo de José	24
La niña María	28
José, soltero de oro	35
María decide ser virgen	37
José es el elegido	41
El desposorio	48
Los esposos llegan a Nazaret	54
2. LA ANUNCIACIÓN	61
José y María hablan	64
Camino a Jerusalén	68
Llegada de María a Ain Karim y su encuentro con Isabel	71
Con Isabel y Zacarías	76
3. NACIMIENTO DE JUAN BAUTISTA	85
La circuncisión de Juan el Bautista	91
Juan en el Templo	95
Las dudas de José	100

4. LAS BODAS	109
El edicto del César	111
La llegada a Belén	115
El Nacimiento de Jesús	121
El anuncio a los pastores	127
Zacarías llega a Belén	135
Presentación de Jesús en el Templo	140
El trabajo de José en Belén	145
Adoración de los Magos	147
5. LA HUIDA A EGIPTO	157
Heracles el Grande	163
El camino en el desierto	166
El demonio ataca a José en el desierto	174
La Sagrada Familia en Egipto	177
6. RETORNO A NAZARET	189
Herodes Antipas, tetrarca de Galilea	193
Séforis	196
Jesús juega y aprende a trabajar con José en Nazaret	198
El trabajo de María en Nazaret	200
Juan de Séforis	203
La oración de José	205
Los corruptos	209
Se descubren las trampas	211
7. MARÍA, MAESTRA DE JESÚS, JACOB Y JUDAS	215
Una clase de María con los niños	223
Los amigos de Caná	227
8. JESÚS EN EL TEMPLO A LOS DOCE AÑOS	231
El Niño perdido	238
Jesús discute con los doctores de la Ley	241

José enseña a Jesús a hacer una mesa	250
Juan Bautista en el desierto	253
Jesús y Juan hablan en el desierto	255
Los endemoniados de Séforis	259
9. LA MUERTE DE JOSÉ	261
Después de la muerte de José	267

# 1

## LA PAX AUGUSTANA

El año 734 *ab urbe condita*, 29 a. C. y 3731 del origen del mundo según la Biblia, Augusto, con manto púrpura y corona de laurel, seguido de toda su familia —la *gens Julia*—, precedido y rodeado por la guardia pretoriana a la que siguen todo el Senado y las autoridades de Roma, se dirige al templo de Jano. Suenan las trompetas triunfales, el pueblo mira y admira la comitiva con gritos de alabanza. Los sacerdotes esperan a la puerta del templo con las puertas abiertas desde hacía muchos siglos. Augusto les entrega un documento que será grabado en mármol y dice:

«El templo de Jano Quirino, que nuestros ancestros deseaban permaneciese clausurado cuando en todos los dominios del pueblo romano se hubiera establecido victoriosamente la paz, tanto en tierra cuanto en mar, no había sido cerrado sino en dos ocasiones desde la fundación de la Ciudad hasta mi nacimiento; durante mi Principado, el Senado determinó, en tres ocasiones, que debía cerrarse».

Habían concluido las guerras civiles en el Imperio y se vivía un tiempo de paz. La guerra con Marco Antonio, enamorado de Cleopatra, reina de Egipto, concluyó con

la batalla de Accio. Los dos enamorados se suicidaron y Egipto pasó a ser romano, de modo que todo el Mediterráneo formaba el Imperio.

El dios Jano Quirino era venerado en Roma como vigilante del equilibrio del universo. El templo estaba en el Foro. Era pequeño, realizado en madera, características que sugieren que el culto era de origen antiguo. El edificio era de forma perfectamente cúbica y con una dimensión de 20 codos (8,88 metros) en altura y en cada uno de los lados de su planta cuadrada. El recinto central del templo estaba enmarcado por las doce columnas que equivalían a los doce signos zodiacales. En el mosaico central, delante de la figura del dios, se presentaba la rueda cósmica. El pavimento tenía mosaicos alegóricos del cielo, el mar y la tierra y en lugares específicos el símbolo del nudo de Salomón.

La figura del dios, situada sobre un pedestal en el eje central del edificio, miraba simultáneamente a oriente y occidente. Su posición permitía que, en el momento que las puertas del templo estuvieran abiertas, pudiera influir de manera directa en la actividad de los hombres. Por ello, en tiempo de guerra, máxima expresión de dolor y crueldad, permanecía con sus puertas abiertas como plegaria para la intermediación del dios y para la consecución del nuevo equilibrio de la patria. Su estatua ostentaba en la mano derecha el número 300 y en la izquierda el 55 como alusión exacta a la totalidad de la duración del año romano antiguo, o sea, el «anillo» del tiempo.

Jano Quirino es un dios paralelo a Marte y contrapuesto a él, es el dios tranquilo opuesto al dios de la guerra, se le menciona como «Marte pacífico», por eso su templo está dentro de la ciudad, a diferencia del templo de Marte, que se encuentra extramuros.

Curiosamente, en el otro extremo de la tierra, en China también se vivía un tiempo de paz —la *pax sina*—.



Parecía que el cielo concediese este don maravilloso de la paz por algún motivo especial, y así era. El tiempo prometido del Mesías había llegado, pero pocos lo sabían, aunque los profetas hubiesen hablado con detalle de ese tiempo y de la paz que lo rodearía y las sibilas en sus oscuros oráculos también lo anunciaban.

Aquella paz, que se hizo durar doscientos años hasta que se volvieron a abrir las puertas del templo de Jano, el rey bifronte, el del principio y el final, no se limitó a la ausencia de guerras. Hubo grandes cosechas y se superaron muchas hambres en la incierta agricultura. Además, se instaló en todo el Imperio el sabio derecho romano que evitaba conflictos, resolvía problemas con ingenio, hacía surgir instituciones que facilitaban el buen vivir. La paz era más que la ausencia de guerra, era fruto de la justicia. Se reformó el sistema fiscal, mejoraron las comunicaciones y las obras de ingeniería. Es decir, paz y prosperidad eran el clima de la plenitud de los tiempos. Nuestra historia comienza en esta edad dorada de la historia de la Humanidad. Un verdadero don de Dios. Es la historia de José, artesano de Nazaret que vivió su tiempo como lo que era en verdad: «La plenitud de los tiempos».

Palestina era una provincia más del Imperio. Los romanos respetaban muchos ámbitos de la vida de los pueblos incorporados al Imperio. Respetaban su religión y a las autoridades religiosas. También a algunas autoridades civiles, aunque estuviesen subordinadas a las romanas, que eran muy autónomas. El gobernador militar vivía cerca, en Siria, al otro lado del monte Hermón. La paz les influyó en gran manera. La prosperidad vino con ella.

Siete siglos antes, al volver de la deportación de Babilonia, se había comenzado a reconstruir el Templo de Salomón con gran esfuerzo por las dificultades que ponían los pueblos de alrededor. Seguían dependiendo del Imperio persa. Alejandro Magno conquistó todos los grandes

reinos y también los pequeños. A su muerte, Palestina dependía de los ptolomeos egipcios, pero hacia el año 200 fueron derrotados por los seléucidas sirios, que se establecieron en Palestina y tomaron Jerusalén. Antíoco IV es el prototipo del rey maligno. Intenta helenizar a los judíos y llega a instalar en el altar del templo la «abominación de la desolación», como es llamada en la Biblia, que consistía en ofrecer sacrificios paganos en el altar de Yahveh. Con esta conducta consiguió el levantamiento macabeo, que obtuvo muchas victorias durante un siglo. Después vino la dinastía asmonea. Aristóbulo extiende el territorio hasta Galilea y con Juan Hircano alcanza toda Palestina. En Jerusalén tenían mucho poder religioso-político los sacerdotes del templo. En el año 63 a. C. Pompeyo vence a los diversos grupos que se oponían a los asmoneos y Roma incluye a Palestina en su Imperio. En el año 40 coloca como rey vasallo de Roma a Herodes el Grande, que gobernó con acierto en las cuestiones públicas. Fue magnífico en las construcciones y cruel por encima del derecho en el ejercicio del poder al final de su vida.

El Templo de Salomón había sido destruido en el año 583 a. C. y su reconstrucción comenzó en el período de dominio persa con el apoyo de Ciro. Pero fue Herodes el Grande el que lo llevó a su máximo esplendor. La extensión del Templo era doble que la del Templo de Salomón, con pórticos alrededor que daban al interior. Basamentos de piedras enormes de cien toneladas de peso, mármol, grandes explanadas, alturas de más de 135 metros para rodear al Santo de los Santos donde solo se podía pronunciar el nombre de Yahveh una vez al año por el Sumo Sacerdote. En ese templo residía la presencia del Dios Altísimo. Se realizaban sacrificios continuos, especialmente en la Pascua. Se ofrecían los primogénitos, se purificaban las madres, se rezaba, se escuchaba la ley. Las peregrinaciones eran constantes desde Palestina y

desde la diáspora. Era un templo vivo, aunque escondiese podredumbre poco visible.

Herodes construyó, además, la ciudadela en la ciudad alta, la torre Antonia, el teatro y el estadio, así como tres muros que rodeaban la ciudad. Las fortalezas de Maqueronte y Masada, incrustadas en la montaña junto al mar Muerto, indican la grandeza constructora de Herodes el Grande. El nuevo puerto de Cesarea Marítima favoreció, junto a la paz, el comercio, y con él la riqueza de todo el país.

En los años del comienzo de la era cristiana las bendiciones del cielo llegaban a la tierra rodeando el principal don que Dios hacía a los hombres con la venida del Mesías prometido en la Alianza. Aquel pequeño pueblo tenía el privilegio y la responsabilidad de ser un pueblo de sacerdotes y santos para llevar la paz de Dios a todos los pueblos de la tierra.

Aquellos tiempos de paz favorecían llevar adelante un sistema de tributos más justo que los saqueos de las guerras o que solo algunos pagasen las necesidades de todos; por eso se decretó un censo que se fue aplicando en todo el Imperio. El censo se realizó el año 6 a. C. durante el gobierno de Quirino en Siria y de Herodes como rey en Palestina. Conviene añadir que el cálculo para fijar la era cristiana fue elaborado con error por un monje llamado Dionisio el Exiguo. El año del nacimiento de Cristo oscila entre el 7 y el 6 anterior a nuestra era. Este es el contexto de la vida de José, de la estirpe del rey David, que era pobre, nacido poco antes del comienzo de la *pax augustana*.

## **Nazaret**

En Nazaret nunca había ocurrido nada extraordinario. Estaba situada lejos de las rutas comerciales que tantas

historias llevan y traen. A medio camino entre la llanura de Esdrelón y el mar de Galilea, en un terreno abrupto con pendientes y barrancos, sin río, pero con fuentes y pozos. La historia la rozaba porque en la fértil Esdrelón se habían dado batallas famosas como las que libraron los asirios en el siglo VIII a. C., cuando invadieron Galilea. ¿Cómo olvidar la terrible deportación de las diez tribus del norte? Una de esas tribus, la de Dan, se consideraba perdida y no había vuelto a aquellas tierras. Los habitantes de Nazaret eran descendientes de la tribu de Zabulón. Sin embargo, desde el desastre asirio se llamaba Galilea de los gentiles, pues allí emigraron gentes de otros pueblos y otros lugares; por eso tenían un modo de hablar el arameo muy particular, no solo en el acento. En el siglo siguiente los egipcios, con los asirios, derrotaron al piadoso rey Josías en ese mismo valle, pero Nazaret no la tocaron.

Las victorias de Josué cuando los descendientes de Jacob se establecieron en Israel quedaban lejos. También las del rey David cuando unificó todas las tribus en un solo reino. Los hijos de Salomón dividieron el reino de Israel. Jeroboam reinó en el Norte, llamado también Israel o Efraím. Roboam en el reino del sur, donde estaba Jerusalén, y que se llamó Judá. Pero Nazaret poco cambió con estas divisiones políticas.

Entre el mar de Galilea y Nazaret había poblaciones famosas, como Séforis, que tenía una escuela rabínica de gran importancia y fue residencia de Antipas, pero en Nazaret la sinagoga era pequeña y el rabino Jehuda era viejo, sin grandes pretensiones. Hacia el mar Mediterráneo, también cercana estaba Caná. Junto al lago florecían muchos árboles frutales y en él la pesca era abundante. Cafarnaúm tenía puesto militar romano, pues pasaba por ella la vía Maris. Tiberias hacía honor a su nombre y era un centro romano, también con sus licenciosas costumbres, en tiempos de Herodes Antipas.

La irregularidad del terreno de Nazaret permitía un peculiar modo de construir las casas. Se habilitaba una cueva y en la salida se construía con ladrillo una casa propiamente dicha con algunas habitaciones, horno para hacer el pan, hogar para cocinar, calentarse y hacer la vida, y dormitorios. La cueva servía de almacén y granero, resguardaba del frío en invierno y del calor en verano. No era infrecuente que hubiese un pequeño huerto delante de la construcción. La vida era dura, pero no demasiado.

Después de la derrota de Josías —rey del sur— en Galilea, su reforma religiosa decayó, pues al morir le sucedió Joaquín, que se alejó de Yahveh siguiendo privadamente los cultos egipcios. Sedecías fue el siguiente rey, más valiente que religioso, pero que cumplía lo establecido por Moisés. El profeta más importante de Judá en aquel tiempo era Jeremías. Nabucodonosor invadió el reino de Judá y tras durísimas batallas conquistó Jerusalén. Destruyó el templo que había construido Salomón hacía trescientos años y deportó a los judíos a Babilonia. La deportación incluía a todos los personajes importantes por linaje o estudios, a los sacerdotes y los militares. El pueblo llano permaneció en aquellos lugares hasta el retorno de los judíos, cuando Ciro, rey de los persas, venció a los babilonios y les permitió reconstruir el Templo. Algunas familias huyeron al norte en aquellos tiempos aciagos.

Entre estas familias estaba la de José y su hermano Alfeo, descendientes de David. Sus antepasados vivieron en Belén, cercana a Jerusalén, y en tiempos de la deportación escaparon como pudieron y se instalaron en Nazaret. Algo parecido ocurrió con las familias de Joaquín y Ana, descendientes de Aarón, que se casaron ya en Nazaret. José era soltero y tenía unos treinta años. Su hermano Alfeo estaba casado con María y tenía seis hijos, esperando un séptimo. Al ser el mayor se dedicó a las tie-

rras que poseían y era un buen agricultor, orgulloso de su trabajo, de su familia y de su estirpe davídica. Duro de carácter, fuerte, seguro, de pocas palabras, era el patriarca de toda la familia, pues sus padres habían fallecido. José era menor y no podía dedicarse a las actividades de su hermano, pues las tierras no eran tantas, pero tenía habilidad en sus manos. Aunque no eran muchos los instrumentos ni demasiadas las construcciones, pues vivían unas quinientas personas de setenta familias, había muchas cosas que arreglar. Algunas de hierro, como los arados que se mellaban en terrenos tan pedregosos, pero la mayoría eran de madera, abundante en aquel lugar. De modo que era el artesano que trabajaba lo que hiciese falta. Arreglar una puerta, hacer una mesa, algún instrumento de labranza, el manejo del hierro en un pequeño horno. Trabajo manual lleno de nobleza, pero no trabajo de reyes.

Aunque nada extraordinario había sucedido, ni sucedía, en Nazaret eran muy agradables los atardeceres con suaves colores rojos cuando se acababan las tareas del campo y los hombres volvían a sus casas a descansar y contemplar la belleza de la creación. Así vivía José.

## **La vida de José en Nazaret**

José era un hombre apuesto, de unos treinta años; pelo castaño oscuro como el de la barba y el bigote, que velaban un mentón bien conformado; tenía ojos oscuros, buenos y profundos, muy serios. Sin embargo, cuando sonreía aparecían alegres y juveniles. Vestía habitualmente de marrón claro, de forma muy simple, como la mayoría de los hombres.

Su vida era sencilla. Hasta la adolescencia vivió con sus padres. Cuando murieron vivió un tiempo con su

hermano Alfeo y su familia, pero a los pocos años adaptó una casa y un taller y vivía solo, aunque muy cerca de toda la familia porque era un pueblo muy pequeño. La relación con Alfeo era espléndida. Era pobre, pero con la dignidad de los que se saben estirpe regia. José cumplía, como todos, la costumbre de las cinco oraciones diarias y trabajaba. El Sabat acudía a la sinagoga y hacía propias todas las reglamentaciones sobre el día del Señor. Escuchaba las palabras del rabino y cuando era invitado hablaba con fluidez y claridad. Dos cosas le distinguían de los demás. Tardaba en casarse, no demostrando excesivo interés por las muchachas que entraban en edad casadera, y meditaba las Sagradas Escrituras con detenimiento. Era justo, tanto en el sentido de cumplir lo mandado, como en el de buscar la voluntad de Dios siempre y en todo. Desconocía que Yahveh le amaba con predilección y le había bendecido de una manera especial. Por este camino había adquirido una sensibilidad espiritual especial; conocía la historia de Israel y las promesas que Dios dio a los patriarcas. Aun así, había un problema.

No se puede decir que dudase de la palabra de Dios, pero algo no le cuadraba y le dejaba perplejo. Se sabía descendiente de David, de la tribu de Judá, y dos promesas divinas a esta familia le parecían imposibles de cumplirse. La primera era la bendición de Jacob a Judá:

Cachorro de león, Judá; de la presa subiste, hijo mío. Se encorvó, se echó como león. Así como león viejo: ¿quién lo despertará? No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos. Atando a la vid su pollino, y a la cepa el hijo de su asna, lavó en el vino su vestido, y en la sangre de uvas su manto. Sus ojos, rojos del vino, y sus dientes blancos de la leche.

El cetro estaba claro que era David, pero había una continuidad y todos los pueblos se congregarían con el nuevo rey. Lo del pollino hijo de asna y lavar con vino su vestido y su manto con sangre le superaba, así como lo que significaban los dientes blancos de leche, quizá la inocencia de todo pecado, pero no sabía. La segunda promesa era la de que el reino de David sería eterno. Y la realidad era que desde la cautividad de Babilonia se extinguió la monarquía. Israel no tenía reyes descendientes de David. Tras el retorno de Babilonia siguieron bajo el dominio persa, lejano y benévolo, pero extranjero. Después fueron los seléucidas, herederos de Alejandro Magno que ejercieron despóticamente su dominio persiguiendo la religión judía e intentando imponer las costumbres helénicas. La rebelión macabea hizo volver el fervor religioso y el cumplimiento de la ley, pero los reyes sucesores, los asmoneos, eran idumeos. Los romanos vinieron llamados por ellos y convirtieron a Israel en una provincia del gran Imperio, con algunas leyes propias y gobernantes propios, como Herodes, pero subordinados a Roma. Así estaban las cosas. ¿Dónde estaban las promesas de Dios?

Cuando tomaba el segundo libro de Samuel las palabras le llegaban al alma:

Vino la palabra de Dios a Natán diciendo: «Ve y di a mi siervo David: Así habla Yahveh Sebaot: Yo te he tomado del pastizal, de detrás del rebaño, para que seas caudillo de mi pueblo Israel. He estado contigo dondequiera has ido, he eliminado de delante de ti a todos tus enemigos y voy a hacerte un nombre grande como el nombre de los grandes de la tierra: fijaré un lugar a mi pueblo Israel y lo plantaré allí para que more en él; no será ya perturbado y los malhechores no seguirán oprimiéndole como antes, en el tiempo en que instituí jueces en mi pueblo Israel; le daré paz con todos sus enemigos. Yahveh te anuncia que Yahveh te edificará una casa. Y cuando tus días se hayan cumplido y te



acuestes con tus padres, afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas, y consolidaré el trono de su realeza. Él constituirá una casa para mi Nombre y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre».

Ese «para siempre» venía una y otra vez a su mente. No le inquietaba que nada pareciese cumplirse según la profecía, pues algo pasará que no sabemos, pensaba. Además, el profeta era insistente: «Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante mí; tu trono estará firme, eternamente». La eternidad era exclusiva de Dios y mucho más de lo que pueden pretender los hombres, vidas y proyectos fugaces como la flor de heno.

José meditaba los salmos y hacía oración con ellos. Se sabía casi todos de memoria, como la mayoría de sus compatriotas. Pero el eco de los que se referían al reinado de David y al rey-Mesías era especial en su corazón. El salmo 78 colocaba a David como culminación de una historia de predilección con Israel. «Elegió a David su servidor, le sacó de los apriscos del rebaño, le trajo de detrás de las ovejas, para pastorear a su pueblo Jacob, y a Israel, su heredad. Él los pastoreaba con corazón perfecto, y con mano diestra los guiaba.» A José no le importaba haber vuelto a algo similar al pastoreo de las ovejas, pero ¿cómo se cumplirían las promesas? No en vano el salmo 132 decía:

Juró Yahveh a David, verdad que no retractará: «El fruto de tu seno asentaré en tu trono. Si tus hijos guardan mi alianza, el dictamen que yo les enseñé, también sus hijos para siempre se sentarán sobre tu trono». Porque Yahveh ha escogido a Sion, la ha querido como sede para sí: «Aquí está mi reposo para siempre, en él me sentaré, pues lo he querido. Sus provisiones bendeciré sin tasa, a sus pobres hartaré de pan, de salvación vestiré a sus sacerdotes, y sus amigos gritarán de júbilo. Allí suscitaré a David un fuerte

vástago, aprestaré una lámpara a mi Ungido; de vergüenza cubriré a sus enemigos, y sobre él brillará su diadema».

¿Quién sería el fuerte vástago prometido? Porque Salomón fue un rey de paz y de sabiduría, pero al final de su vida se desvió influido por sus muchas mujeres idólatras, y había muerto. Sus descendientes no eran nada ejemplares y habían sido castigados con todo el pueblo por la multitud de sus pecados y de sus infidelidades. Tenía que ser un rey espiritual, pero ¿quién? y ¿cuándo? Pero con fe seguía rezando y esperando como esperó Abraham.

Veía que los distintos enemigos de Israel se reían de su Dios invisible, tan distinto de los suyos bien poderosos, y les oprimían. Por eso rezaba con intensidad el salmo segundo.

¿Por qué se agitan las naciones, y los pueblos mascullan planes vanos? Se yerguen los reyes de la tierra, los caudillos conspiran aliados contra Yahveh y contra su Ungido: ¡Rompamos sus coyundas, sacudámonos su yugo! El que se sienta en los cielos se sonrío, Yahveh se burla de ellos. Luego en su cólera les habla, en su furor los aterra: Ya tengo yo consagrado a mi rey en Sion, mi monte santo. Voy a anunciar el decreto de Yahveh: Él me ha dicho: Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré en herencia las naciones, en propiedad los confines de la tierra. Con cetro de hierro, los quebrantarás, los quebrarás como vaso de alfarero. Y ahora, reyes, comprended, corregíos, jueces de la tierra. Servid a Yahveh con temor, con temblor besad sus pies; no se irrite y perezcaís en el camino, pues su cólera se inflama de repente. ¡Venturosos los que a Él se acogen!

Luego el descendiente de David, el «fuerte vástago», reinaría sobre todas las naciones, no solo sobre este Israel humillado por todos. Y lo creía sin ver, pues ¿quién

ha conocido los planes de Dios? Y continuaba su oración paciente con el salmo 110, que dice:

Oráculo de Yahveh a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que yo haga de tus enemigos el estrado de tus pies. El centro de tu poder lo extenderá Yahveh desde Sion: ¡Domina en medio de tus enemigos! Para ti el principado el día de tu nacimiento, en esplendor sagrado desde el seno, desde la aurora de tu juventud. Lo ha jurado Yahveh y no ha de retractarse: Tú eres por siempre sacerdote, según el orden de Melquisedec. A tu diestra, Señor, Él quebranta a los reyes el día de su cólera; sentencia a las naciones, amontona cadáveres, cabezas quebranta sobre la ancha tierra. En el camino bebe del torrente, por eso levanta la cabeza.

Aunque sabía la debilidad de sus fuerzas y las de todo Israel, creía con fe firme que haría a sus enemigos estrado de los pies del descendiente de David, y uniría la realeza con el sacerdocio con un orden nuevo, el de Melquisedec, no el de Aarón. El salmo 90 hablaba de una dignidad ¿divina? en el fuerte vástago: «dijo el Señor a mi señor», luego el hijo era más importante que David, pues le llama Señor. «Desde luego —pensó José— no puede ser más que un don del cielo.» Porque Isaías dijo al rey Ajab cuando el problema con los asirios:

Habló también Jehová a Acaz, diciendo: «Pide para ti señal de Jehová tu Dios, demandándola ya sea de abajo en lo profundo, o de arriba en lo alto». Y respondió Acaz: «No pediré, y no tentaré a Jehová». Dijo entonces Isaías: «Oíd ahora, casa de David. ¿Os es poco el ser molestos a los hombres, sino que también lo seáis a mi Dios? Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la Virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel. Comerá mantequilla y miel, hasta que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno».

Nacería ese rey de justicia, de paz y de amor ¡de una virgen! Sorprendente. ¿Se refiere Isaías al primer hijo de una mujer? ¿o hay algo más que no entiendo? Y su oración era intensa en su trabajar silencioso y en su descanso.

La mayoría de los habitantes de Nazaret conocían estas Escrituras y muchas, especialmente los salmos, las repetían con frecuencia, pero no les daban tantas vueltas. ¡Cada cual a su trabajo, que bastante difícil es la vida!

## **El trabajo de José**

José había aprendido el oficio de Isaac trabajando primero como aprendiz y tomando luego mayor responsabilidad. Era especialmente diestro con la madera, sabía leer sus nudos, le encantaba dejar bien lisas las superficies. Pero la clave del trabajo era encajar bien las puertas y ventanas y equilibrar las mesas y las sillas. No era un arte, pero sí una artesanía. Cuando murió Isaac, que había sido muy amable con él, heredó el oficio, ya que él sin ayuda se bastaba para Nazaret. Tomó las herramientas y se estableció en casa propia, separado de su hermano y su familia.

El trabajo le llenaba los días y estaba ocupado de sol a sol. Bien sabía que el trabajo manual era tarea de esclavos, así pensaban los romanos y los griegos, lo sabía, y le extrañaba. Para los judíos el trabajo era un honor. El pájaro ha sido creado para volar y el hombre para trabajar. Lo tenían tan grabado que cuando fueron deportados a Babilonia prosperaron mucho a base de esfuerzo, aunque les pesase la situación. La realidad del sudor y el cansancio al trabajar y que la tierra estuviese como maldita y se resistiese tanto a sus luchas no les desanimaba, pues veían el hecho como lo que era, un castigo por el pecado de desobediencia de Adán y Eva cuando fueron seducidos por el diablo. Venciendo el cansancio, José se sabía

vencedor del diablo y como más cerca de los primeros padres antes de que pecasen. Además, tampoco le era tan pesado, y le gustaba esa actividad en la que había que poner toda la cabeza y todo el cuerpo. Más de una vez miraba algún trabajo acabado y sonreía satisfecho, dando gracias a Dios de que tuviese esa habilidad. Había leído muy despacio el Qohelet y el libro de Ben Sira, llenos de sabiduría práctica:

Mira a la hormiga, oh perezoso,  
mira sus caminos, y sé sabio;  
la cual no teniendo capitán,  
ni gobernador, ni señor,  
prepara en el verano su comida,  
recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento.  
Perezoso, ¿hasta cuándo has de dormir?  
¿Cuándo te levantarás de tu sueño?  
Un poco de sueño, un poco de dormir,  
y cruzar por un poco las manos para reposo;  
así vendrá tu necesidad como caminante,  
y tu pobreza como hombre armado.

Y como el ejemplo de la hormiga, había muchos más semejantes.

El trabajo le permitía a José relacionarse con todos en el pueblo, pues siempre había destrozos o se quería hacer algo nuevo. Nadie puede vivir bajo el cielo ni trabajar solo con las manos. El que más trabajos le encargaba era Doras, el fariseo, pues era el mayor propietario del lugar. Tenía rebaños de ovejas y cabras y eso requiere cercas, establos, comederos, bebederos, que se rompían con facilidad. Su casa, mejor que la mayoría de las demás, requería cuidados necesarios y también caprichosos, como les suele ocurrir a los ricos. Doras vivía bien, pero no era muy querido por sus convecinos. Los fariseos eran unos tres mil en todo Israel, pero en Nazaret era el único fariseo.

Como todos ellos, cuidaba la Ley con rigor, incluso aquel conjunto de los seiscientos veinte preceptos que formaban como una muralla que impedía dejar de cumplir lo fundamental. Pero al lado de ese rigor se escondían, aunque se veían, patentes defectos. Era duro con sus trabajadores —pastores, labriegos, criadas— y pagaba mal. Sus aires de superioridad molestaban, especialmente cuando se ponía las filacterias más anchas en los brazos y en la frente. Era engolado al rezar, parecía que se escuchase a sí mismo. Era avaro, todos lo sabían, y cuando daba un préstamo lo hacía con evidente usura. Es lógico que le huiese la mayoría y le llamasen hipócrita. Pero así es la vida.

La relación de Doras con José era frecuente, pero fría. Le cobraba lo justo, hacía bien sus trabajos, pero no comían juntos ni tenían relación alguna que no fuese la profesional. Además, estaba lo de su hijo Efraím, que tenía cinco años menos que José, pero nada en común con él. Efraím había heredado la suficiencia de su padre y se consideraba por encima de todos, con un carácter difícil, cuando no pendenciero. En ocasiones se reunía con otros de su edad, o menores, e iban a las tabernas del mar de Galilea de juerga: a andar con prostitutas, beber y armar jaleo. Esto disgustaba al justo José. Tan visible era su malestar que nunca le invitaron a ir con ellos, pero se burlaban de él, como suelen hacer los débiles y los frívolos. Desde luego, Efraím trabajaba poco y las madres escondían a sus hijas casaderas cuando aparecía. Una joyita, el hijo de Doras, pero nadie le decía nada ni le corregía. Crecía como la hierba silvestre, como el campo que no se cuida y se llena de cardos.

El rabino Jehuda era muy agradecido. Era viudo y veía poco. Se apoyaba en un tosco bastón y se sabía las Sagradas Escrituras totalmente de memoria. Se había formado en Jerusalén hacía ya muchos años, y estaba muy contento de sus estudios con el rabino Hillel. Allí había aprendi-

do a interpretar los textos sagrados con profundidad, justicia y misericordia. Era gozoso oírle y todos acudían a pedirle consejo. Era evidente su ancianidad, algo prestigioso en Israel, y respiraba bondad y sabiduría. Las piernas le fallaban y el oído también, por eso todos se esforzaban en ayudarle y sonreían con los equívocos que produce la sordera. Un buen hombre en un buen lugar. Pocas necesidades tenía, y sus hijos y nietos le cuidaban bien.

La relación con Alfeo y con su mujer, María, era entrañable. Ambos le veían como a un hijo mayor, a causa de los años que había vivido con ellos. Alfeo era muy consciente de su autoridad como cabeza de familia y la ejercía en las comidas, en la educación de los hijos y en el trabajo, pues tenía a varios trabajando en sus tierras, además de un pastor asalariado, aunque él también trabajaba con sus manos. Sus hijos se llamaban Simón, José y Judas y de sus tres hijas una se llamaba María, como casi todas las mujeres, otra, Noemí, como la abuela de David, y la pequeña, Sara, como la esposa de Abraham. María de Alfeo estaba esperando otro niño o niña por aquellos días.

Entre las familias más pobres del pueblo estaba la de Isaac. Casado y con tres hijos. Llevaba una vida dura trabajando para Doras con una floja salud. José, cuando le hacía un trabajo necesario, como arreglar las tejas, cerrar las goteras y otros, le cobraba algo para no humillarle, pero mucho menos que a los demás, y sabía dar cosas a sus hijos, que tan pocas tenían.

La relación con el herrero, Daniel, era inmejorable. José también tenía un pequeño horno, pero muchas cosas era mejor que las hiciese Daniel; y entre los dos, con la complicidad de hacer cosas parecidas, había gran amistad. Se entendían con la mirada. Juana se llamaba su mujer y tenían siete hijos movidísimos y muy alegres.

La autoridad del pueblo, aun siendo pequeño, la ejercía Zabulón. Su familia vivía en Nazaret desde siempre.

Arreglaba litigios, sobre todo de tierras y aguas. Traslataba lo que mandaban las autoridades superiores. Trabajaba sus tierras y un pequeño rebaño de ovejas. No solía haber grandes problemas en el pueblo, si no fuese por ese descerebrado de Efraím que movía para mal a un grupo de jóvenes en Nazaret y nunca se sabía por dónde iban a llegar los problemas, pero llegaban.

El pozo estaba al sur de la población y allí se reunían todos los días las mujeres para llenar sus cántaros de agua, que llevaban en equilibrio sobre sus cabezas, y para conversar de las incidencias del lugar. María de Alfeo y María de Cleofás eran muy amigas, quizá por tener hijos de edades semejantes. Juana, Susana, otra María y Ana formaban un grupo compacto. Un tema frecuente eran los desposorios del pueblo. Por eso José había entrado varias veces en sus charlas, ya que pasaba el tiempo y no se decidía a tomar esposa. ¡Es tan serio!, decían. Causó un cierto revuelo la vuelta a Nazaret de María, hija de los difuntos Joaquín y Ana. Había estado más de diez años en el Templo y era, lógicamente, algo distinta de las otras jovencitas del pueblo por tener una educación más alta. Tenía la casa de sus padres, pero era huérfana y los sacerdotes tendrían que hacerse cargo de ella. La mejor solución era buscarle un buen esposo. Era cuestión de los hombres de su familia y los sacerdotes, pero ellas también tenían derecho a pensar en alguien, pues conocían a todos los chicos jóvenes solteros. Más de una pensó en José.

### **La niña María<sup>1</sup>**

Sentada a un telar, una mujer ya de cierta edad tejía. Su pelo era entrecano, antes ciertamente negro, y su rostro,

1. Inspirado en María Valtorta, *El Evangelio como me ha sido revelado*, Centro Editoriale Valtortiano, Isola del Liri, 1997, pp. 10-19.



sin arrugas, pero lleno de esa seriedad que viene con los años. Su edad era de cincuenta a cincuenta y cinco años, no más.

Está tejiendo una cortina o una alfombra. La mujer lleva un vestido sencillísimo y muy oscuro: un morado-rojo. En el huerto está un hombre anciano, un poco más bajo que Ana, de tupida cabellera completamente cana, rostro claro, barba cortada en cuadrado, dos ojos azules como turquesas, entre pestañas de un castaño claro casi rubio. Está vestido de un marrón oscuro.

Ana no le ve porque da la espalda a la puerta. El hombre se acerca a ella por detrás, Ana se vuelve y dice:

—¡Oh, Joaquín! ¿Has terminado tu trabajo? ¡Ah, si hubiéramos tenido un hijo tendrías que hacer menos esfuerzo en el campo!

También suspira Joaquín y, queriéndola consolar, le pone la mano sobre el pelo rizado y canoso y le dice:

—Todavía hay que esperar. Dios todo lo puede. Mientras se vive, el milagro puede producirse, especialmente cuando se le ama y cuando nos amamos.

Joaquín recalca mucho estas últimas palabras.

Ana guarda silencio, descorazonada, con la cabeza agachada, para que no se vean dos lágrimas que se deslizan por su cara.

—¡No llores, Ana! Somos felices de todas formas. Yo, por lo menos, lo soy, porque te tengo a ti.

—Yo también por ti. Pero no te he dado un hijo. Pienso que he desagradado al Señor, porque ha hecho infecundas mis entrañas.

—¡Oh, esposa mía! ¿En qué crees tú, santa, que has podido desagradarle? Mira, vayamos una vez más al Templo y por esto, no solo por los Tabernáculos, hagamos una larga oración. Quizá te suceda como a Sara, o como a Ana de Elcana: esperaron mucho, se creían reprobadas por ser estériles, y, sin embargo, en el Cielo de Dios estaba madu-

rando para ellas un hijo santo. Sonríe, esposa mía. Tu llanto significa para mí más dolor que el no tener prole.

—Sí. Hagamos un voto al Señor. Suyo será el hijo; si es que nos lo concede.

—Mañana es el último día de oración. Ya se han efectuado todas las ofrendas. No obstante, las renovaremos solemnemente mañana. Persuadiremos a Dios con nuestro fiel amor. Yo sigo pensando que te sucederá como a Ana de Elcana.

—Dios lo quiera... ¡Si hubiera, ahora mismo, alguien que me dijera: «Vete en paz. El Dios de Israel te ha concedido la gracia que pides»!...

Tras la ferviente oración en el Templo, volvieron a Nazaret.

Pasó un tiempo.

La casa de Joaquín y Ana era modesta y muy cuidada.

En un telar más pequeño, Ana teje telas de lino, y canta ritmando el movimiento del pie con la voz. Canta y sonríe. ¿A quién? A sí misma, a algo que ve en su interior. Se echa a llorar de alegría, mira a Joaquín y, levantando los brazos, grita:

—¡Soy madre, amado mío!

Y se refugia en su corazón, entre los brazos que él ha tendido para volver a cerrarlos en torno a ella, su esposa dichosa.

—¿De verdad? ¿Estás segura, Ana mía?

—Sí, estoy segura. ¿Cómo llamaremos a esta criatura nuestra que siento y que me habla en el seno con su corazoncito, latiendo, latiendo, como el de una tórtola entre los huecos de las manos?

—Si es varón, le llamaremos Samuel; si es niña, Estrella, la palabra que ha detenido tu canto para darme esta alegría de saber que soy padre, la forma que ha tomado para manifestarse entre las sagradas sombras del Templo.

—Estrella. Nuestra Estrella, porque, no lo sé, pero

creo que es una niña. Pienso que unas caricias tan delicadas no pueden provenir sino de una dulcísima hija. Porque no la llevo yo, no me produce dolor; es ella la que me lleva por un sendero azul y florido, como si ángeles santos me sostuvieran y la tierra estuviera ya lejana. Siempre he oído decir a las mujeres que el concebir y el llevar al hijo en el seno supone dolor, pero yo no lo siento. Me siento fuerte, joven, fresca; más que cuando te entregué mi virginidad en la lejana juventud. Hija de Dios —porque es más de Dios que nuestra, siendo así que nacerá de un tronco seco— que no da dolor a su madre; solo le trae paz y bendición: los frutos de Dios, su verdadero Padre.

—Entonces la llamaremos María. Estrella de nuestro mar, perla, felicidad, el nombre de la primera gran mujer de Israel. Pero no pecará nunca contra el Señor, que será el único al que dará su canto, porque ha sido ofrecida a Él como consagrada antes de nacer.

—Está ofrecida a Él, sí. Sea niño o niña nuestra criatura, se la daremos al Señor, después de tres años de júbilo con ella.

Joaquín volvió a su trabajo. Así transcurrieron los nueve meses del embarazo. Cuando llegó el momento del parto, las mujeres más expertas acudieron a casa de Joaquín y Ana.

Pasa corriendo una mujer y grita:

—¡Joaquín! ¡Va a nacer de un momento a otro! ¡Todo ha ido rápido y bien!

Y desaparece con una pequeña ánfora en las manos.

Las mujeres irrumpen, alborozadas, con un «ovillejo» rosado entre cándidos paños.

¡Es María! Una María pequeñita, que podría dormir en el círculo de los brazos de un niño. Las mujeres entran con Joaquín a ver a la madre feliz para devolverle a su hijita y hablan del enorme arco iris.

Ana sonrío ante un pensamiento propio: Es la estrella,

dice. Su signo está en el cielo. ¡María, arco de paz! ¡María, estrella mía! ¡María, luna pura! ¡María, perla nuestra!

—¿María la llamas?

—Sí. María, estrella y perla y luz y paz.

—Pero también quiere decir amargura. ¿No temes acarrearle alguna desventura?

—Dios está con Ella. Es suya desde antes de que existiera. Él la conducirá por sus vías y toda amargura se transformará en miel. Ahora sé de tu mamá, todavía un poco, antes de ser toda de Dios.

Al llegar el día de la purificación, asperjan a Ana con agua lustral y luego le indican que se dirija hacia el ara del sacrificio. Ya no lleva a la niña en brazos. La ha tomado en brazos Isabel, que se ha quedado a este lado de la Puerta.

Joaquín, sin embargo, entra siguiendo a su mujer, y llevando tras sí un cordero que va balando.

Ana ya está purificada.

Zacarías dice en voz baja unas palabras a su compañero de ministerio, el cual, sonriendo, da señales de asentimiento y luego se acerca al grupo, rehecho de nuevo, y, congratulándose con la madre y el padre por su gozo y por su fidelidad a las promesas, recibe el segundo cordero, la harina y las tortas.

—Entonces, ¿esta hija está consagrada al Señor? Que su bendición os acompañe a Ella y a vosotros. Mirad, ahí viene Ana. Va a ser una de sus maestras. Ana de Fanuel, de la tribu de Aser. Ven, mujer. Esta pequeñuela ha sido ofrecida al Templo como hostia de alabanza. Tú serás para Ella maestra. A tu amparo crecerá santa.

Ana de Fanuel, ya completamente encanecida, hace mimos a la niña, que ya se ha despertado y que observa toda esa blancura con esos inocentes y atónitos ojos suyos, y todo ese oro que el sol enciende.

La ceremonia termina.

Aquellos tres años fueron de gran gozo para Joaquín y Ana. A veces, al pasear María caminando entre su padre y su madre por las calles de Jerusalén, los que pasan se paran a mirar a la bonita niña vestida toda de blanco nieve.

María parece vestida de nieve, tiene tres años.

Entra Zacarías y saluda diciendo:

—A los justos la paz del Señor.

—Sí —dice Joaquín—. Pide paz para nosotros porque nuestras entrañas tiemblan, ante la ofrenda, como las de nuestro padre Abraham mientras subía el monte; y nosotros no encontraremos otra ofrenda que pueda recobrar esta; ni querríamos hacerlo, porque somos fieles a Dios. Pero sufrimos, Zacarías. Compréndenos, sacerdote de Dios, y no te seamos motivo de escándalo.

—Jamás. Es más, vuestro dolor, que sabe no traspasar lo lícito, es para mí escuela de amor al Altísimo. ¡Ánimo! La profetisa Ana cuidará con esmero esta flor de David y Aarón. En este momento es la única azucena que David tiene de su estirpe santa en el Templo, y cual perla regia será cuidada. A pesar de que los tiempos hayan entrado ya en la recta final y de que deberían preocuparse las madres de esta estirpe de consagrar sus hijas al Templo —puesto que de una virgen de David vendrá el Mesías—, no obstante, a causa de la relajación de la fe, los lugares de las vírgenes están vacíos. Demasiado pocas en el Templo; y de esta estirpe regia ninguna, después de que, hace ya tres años, Sara de Eliseo salió desposada. Esperemos que María sea la primera de muchas vírgenes de David ante el Sagrado Velo. Y, ¿quién sabe...?

Zacarías se detiene en estas palabras y mirando pensativo a María prosigue diciendo:

—También yo velaré por Ella. Soy sacerdote y ahí dentro tengo mi influencia.

María se adelanta y se arrodilla en el umbral de la

puerta con los brazos extendidos, un pequeño querubín suplicante:

—¡Padre, madre, vuestra bendición!

Sus padres la bendicen y la besan. Una, dos, diez veces. No se sacian de besarla. Ana llora en silencio. Zacarías, aunque quiera no dar muestras de ello, está también conmovido.

Salen. María, entre su padre y su madre, como antes; delante, Zacarías y su mujer.

Ahora están dentro del recinto del Templo.

—Voy a ver al Sumo Sacerdote. Vosotros subid hasta la Gran Terraza.

El Sumo Sacerdote mira a la pequeña y sonrío. ¡Debe de parecerle bien pequeñita al pie de esa escalinata digna de un templo egipcio! Levanta los brazos al cielo para pronunciar una oración. Todos bajan la cabeza, como anonadados ante la majestad sacerdotal en comunión con la majestad eterna.

Luego, una señal a María, y Ella se separa de su madre y de su padre y sube, sube como hechizada. Y sonrío, sonrío a la zona del Templo que está en penumbra, al lugar en que pende el preciado velo. Ha llegado a lo alto de la escalinata, a los pies del Sumo Sacerdote, que le impone las manos sobre la cabeza. La víctima ha sido aceptada. ¿Alguna vez había tenido el Templo una hostia más pura?

Luego se vuelve y, pasando la mano por el hombro de la niña, como para conducirla al altar, la lleva a la puerta del Templo y, antes de hacerla pasar, pregunta:

—María de David, ¿conoces tu voto?

Ante el «sí» argentino que le responde, él grita:

—Entra, entonces. Camina en mi presencia y sé perfecta.

María entra y desaparece en la sombra; le sigue el cortejo de las vírgenes y de las maestras, luego el de los levitas, que la ocultan cada vez más, la separan.